

El calibre de las palabras. Conflictos y medios de comunicación en Oriente Medio

Joan Roura

Sección Internacional de TVC, Televisió de Catalunya

Resumen: Israel, los territorios palestinos, Iraq, Afganistán, son distintos escenarios donde la historia parece retroceder de vuelta al colonialismo. A la sombra de los atentados del 11-S, se ha liberado toda la voracidad de la única superpotencia que busca el control directo de la región con más recursos energéticos del mundo. Los grandes medios de comunicación —empresas al fin y al cabo— demasiado a menudo han cedido parte de su independencia bajo la presión de un discurso de «guerra contra el terrorismo» que les exige tomar partido.

Palabras clave: Oriente Medio, Estados Unidos, periodismo, *Naqba*, Camp David, «guerra contra el terrorismo».

Abstract: It's like History going backwards to colonial times when one looks to Israel, the Palestinian territories, Iraq, Afghanistan. In the wake of September 11 attacks, the only superpower has arise with all its voracity, eager to put under its immediate control the region with the world's largest energy resources. Mainstream media —companies first of all— all too frequently have partly surrendered their independence under the demanding pressure of the «war on terrorism» speech.

Key words: Middle East, USA, journalism, *Naqba*, Camp David, «war on terrorism».

«¿Dónde está la puerta a los territorios ocupados?»

Jerusalén, noviembre de 1995. Recién asesinado el primer ministro de Israel, Yitzhak Rabin, por un extremista judío, miles de perio-

distas de todo el mundo se citan en la ciudad para los funerales. Entre ellos, decenas de enviados especiales españoles dispuestos a complementar las informaciones sobre el magnicidio con todo tipo de reportajes sobre el golpe que va a representar para el proceso de paz la pérdida de uno de sus protagonistas. La pregunta la hacía una colega que acababa de llegar, por primera vez, al aeropuerto Ben Gurion. No sabía muy bien de qué iba a hablar, pero sólo disponía de unas horas escasas para complacer a su jefe de redacción y enviar una crónica de ambiente y situación.

Sus palabras fueron premonitorias —ahora sí hay puertas en un muro para acceder a los territorios—, pero en 1995 el proceso de paz iba a lo que parecía un ritmo razonable y no había vallas ni puertas en Cisjordania. «Vosotros, los de la tele, lo tenéis fácil —se burlaba otro enviado especial de prensa escrita—. Cuatro planos de pobreza palestina, cuatro más de chicas ligeras de ropa en Tel Aviv y ya tenéis la crónica hecha». Pero tampoco los «plumillas» escapan a estas servidumbres. Las palabras se calibran por minutos, o por líneas. Hay que llenar un espacio, de inmediato. Si saben de lo que se trata, tanto mejor, pero no es imprescindible. Al fin y al cabo este conflicto suena a todo el mundo; la mayoría tiene una idea aproximada, predeterminada. Muchos han tomado partido por uno de los bandos ya antes del viaje.

Informar de los múltiples conflictos simultáneos que cruzan el Oriente Medio requiere, antes que nada, una formación profesional y un conocimiento del contexto histórico. Parece una obviedad, pero no lo es. Las empresas periodísticas cada vez dan más prioridad a la rentabilidad económica inmediata y minimizan las inversiones en profesionales. La precariedad laboral, la reducción de costes, el aumento de productividad y la concentración empresarial son objetivos en sí mismos, aunque sea a costa de la independencia profesional y de la especialización de los periodistas, imprescindibles ambas para ofrecer información veraz de cuestiones complejas con una larga trayectoria histórica.

A falta de formación —e información de contexto—, algunos profesionales del periodismo recurren a los estereotipos tan arraigados en Occidente sobre este conflicto, que por su duración, proximidad, la gran cobertura mediática que tiene y, por tanto, por su popularidad, forma parte del bagaje cultural de una gran parte de la ciudadanía. El análisis consiste en una toma de partido. El cliché antisemita

facilita crónicas de adhesión inquebrantable a la causa palestina; los islamófobos, por su parte, ven en Israel a uno de los nuestros, una avanzadilla civilizadora de Occidente en un desierto de fanatismo e irracionalidad árabe. Buena parte de la información puede escribirse mentalmente, incluso negro sobre blanco, antes de subir al avión, o en los asientos de la clase turista. Luego se le adecua la realidad. En unos minutos se puede empezar a emitir. Un proceso inverso al que se supone que debería seguir un periodista.

Las crónicas así estereotipadas no permiten comprender un conflicto. No pueden ofrecer información sobre los contendientes porque, en definitiva, se les ha robado el protagonismo y el lector, la audiencia, no puede captar cuál es su visión del mundo. Es el periodista quien se sitúa en el centro para repartir culpas y responsabilidades, derechos y reivindicaciones. Se pasa a informar no tanto de una realidad sino de la imagen que de esta realidad tiene el intermediario. No en vano cada vez ocupan más espacio las experiencias personales de los enviados especiales, sus peripecias, lo que comen o la falta de comida, lo que sufren o dicen padecer. Un espacio que debe contabilizarse en detrimento del que se reserva a los auténticos protagonistas de las historias.

El periodismo de estereotipo no es veraz, pero es simple y fácil de comprender por su maniqueísmo. Tiene, por tanto, una visión del mundo acorde con las tesis igualmente maniqueas surgidas del laboratorio de Huntington¹. Un mundo preconcebido de trincheras, con grupos compactos dispuestos en formación de combate. Aquí la verdad, allá la mentira. Una distribución acorde con el gran juego político y militar que tiene como uno de los escenarios privilegiados Oriente Medio. Un gran juego de propaganda que no permite comprender las contradicciones internas de las partes ni las complicidades que han generado entre ellas.

Tariq Ali zarandea y derriba la rígida teoría huntingtoniana cuando demuestra su incompetencia para explicar una realidad mucho más compleja, forjada por intereses menos obvios, pero más tangibles que la cultura, la religión o la nación: «Este análisis simple y políticamente correcto proporcionó una justificación muy útil a los estrategas e ideólogos de Washington y de otros centros de poder. El Islam pasó a considerarse la mayor amenaza porque Irán,

¹ HUNTINGTON, S. P.: *El choque de civilizaciones*, Barcelona, Paidós, 1997.

Iraq y Arabia Saudita son los mayores productores de petróleo del mundo»².

El «choque de civilizaciones» ofreció un marco teórico para la nueva etapa de confrontación post-Guerra Fría. Un argumento neocolonialista recurrente para los medios de comunicación contemporáneos, que viene como hecho a medida para satisfacer las necesidades del complejo militar-petrolero hegemónico hoy en la única superpotencia triunfadora. Los viejos orientalistas del siglo XIX resucitaban en plena transición hacia el tercer milenio. Y frente a ellos, recuperaba actualidad el más implacable de sus detractores, el intelectual palestino-norteamericano Edward Said: «La relación entre Occidente y Oriente es una relación de poder y de complicada dominación: Occidente ha ejercido diferentes grados de hegemonía sobre Oriente [...] Oriente fue orientalizado, no sólo porque se descubrió que era «oriental», según los estereotipos de un europeo medio del siglo XIX, sino también porque se podía conseguir que lo fuera —es decir se le podía obligar a serlo—»³.

Conocí a Said en Barcelona pocos años antes de su muerte en 2003, y tuve ocasión de preguntarle sobre esta idea. «Han impuesto —me dijo— una imagen, un rol al mundo árabe para ser visto, analizado, diseccionado desde Occidente, a través de los medios de comunicación y los llamados orientalistas, todos supuestos especialistas occidentales. Pero todavía son más graves las consecuencias de esta imposición. El poder mediático occidental es tan fuerte y hegemónico que incluso algunos árabes se ven a ellos mismos y se comportan de acuerdo con este estereotipo».

Ossama bin Laden podría ser un ejemplo. Conoce Occidente, colaboró indirectamente con los Estados Unidos en la campaña contra la invasión soviética de Afganistán, y rompió luego a raíz del despliegue de tropas norteamericanas en suelo saudita, en 1990. Es el cliché viviente del árabe fanático, escurridizo y brutal. Un malo de película —heredero de Khomeiny y Gaddafi—, cuyos métodos, sin embargo, o precisamente por ello, están perfectamente situados en la era de la globalización⁴. Al Qaida («la base», en español) funciona con una estructura similar a la de internet, utiliza esta red de

² ALI, T: *El choque de los fundamentalismos. Cruzadas, yibads y modernidad*, Madrid, Alianza, 2002, p. 359.

³ SAID, E: *Orientalismo*, Madrid, Libertarias, 1990, p. 24.

⁴ GRAY, J.: *Al Qaeda y lo que significa ser moderno*, Barcelona, Paidós, 2004.

redes y su golpe más duro, contra el World Trade Center de Nueva York, por la selección del objetivo, el horario y el método buscaba obtener la mayor cobertura mediática de la dilatada historia del terrorismo.

El zarpazo de Bin Laden permitió una reacción en cadena hacia atrás en la historia de la región todavía mucho más mortífera: intervención en Afganistán, invasión de Iraq, amenazas a Irán y Siria, aniquilación de los escasos restos del proceso de paz entre israelíes y palestinos. El «gran juego» por el control del Asia central y el Oriente Medio volvía a empezar. En el subsuelo, otra vez los mayores recursos energéticos del mundo. Pero a diferencia de la partida del siglo XIX entre los imperios británico y ruso, ahora los Estados Unidos disponían del más fiel aliado en la región, Israel. Al margen de los esperados beneficios económicos, iban a tratar también de diseñar un nuevo mapa aún más a la medida de este formidable gendarme⁵.

Cruzados, sionistas y terroristas

«El petróleo no es la causa directa de que los estadounidenses ocupen la región; ya lo obtenían a precios atractivos antes de la invasión. Hay otras razones, sobre todo la alianza sionista-estadounidense, temerosa ante la fuerza del Islam y de la tierra de La Meca y Medina. Teme que un renacer islámico aplaste a Israel. Estamos convencidos de que con la ayuda de Alá triunfaremos sobre las fuerzas estadounidenses. Es sólo una cuestión de cifras y tiempo. Que digan que están protegiendo Arabia de Iraq es mentira, todo el asunto de Saddam es una trampa». En 1997 Osama bin Laden era todavía relativamente desconocido. Pocos periodistas prestaban atención a sus palabras, a sus análisis. Robert Fisk, corresponsal del periódico británico *The Independent* en Beirut era una de las excepciones. La frase citada pertenece a la tercera entrevista que el líder de Al Qaida le había concedido⁶. Demuestra con ella una capacidad de análisis y de predicción considerable a seis años vista de la invasión anglo-norteamericana de Iraq. Una valoración de la realidad que tres años des-

⁵ RASHID, A.: *Los Talibán. El Islam, el petróleo y el nuevo «Gran Juego» en Asia Central*, Barcelona, Península, 2001.

⁶ FISK, R.: *La Gran Guerra por la civilización. La conquista de Oriente Próximo*, Barcelona, Destino, 2005, p. 66.

pués de la ocupación de Bagdad comparten millones de árabes, quizás —no nos engañemos— la mayoría.

La entrevista se realizó en las cercanías de la ciudad afgana de Jalalabad, cerca de donde al año siguiente, el 23 de febrero de 1998, surgiera de entre todos los grupos asociados a Al Qaida el Frente Islámico Internacional para la Jihad contra Judíos y Cruzados. En el manifiesto fundacional se repetirían los argumentos: «... durante más de siete años Estados Unidos ha ocupado las tierras del Islam en el más sagrado de los lugares, la península arábiga, saqueando sus riquezas, dando órdenes a sus dirigentes, aterrorizando a sus vecinos y convirtiendo sus bases en la península en una punta de lanza de la lucha contra los pueblos musulmanes vecinos»⁷. Una *fatwa* (decreto religioso islámico) promulgada en esa misma reunión incluía un llamamiento al asesinato de civiles y militares norteamericanos y sus aliados, empezando por israelíes y británicos.

Bin Laden, al igual que la mayoría de árabes y de musulmanes ha rechazado reiteradamente la teoría políticamente inducida de los compartimentos estancos, tan en boga entre los mandatarios neocolonialistas de Occidente; un intento de atomizar el Oriente Medio en una serie de conflictos que pretenden inconexos y sin relación ni entre ellos ni con el núcleo duro, el epicentro de toda la inestabilidad regional: el enfrentamiento secular entre israelíes y palestinos. Y sin embargo parece evidente que primero Saddam Hussein, luego Bin Laden y ahora el propio régimen iraní buscan legitimar sus posiciones en el enfrentamiento contra Israel, en la frustración que produce en las sociedades árabes y musulmanas la injusticia infligida a los palestinos, en el doble rasero que se aplica en la región según se juzguen regímenes aliados —léase obedientes— de los intereses occidentales, o contrarios a ellos.

Pocos fueron los medios de comunicación, y no hubo ningún mandatario occidental, que se preguntaran por qué los palestinos —y no sólo Yasser Arafat— cerraban filas con Saddam Hussein después de la invasión de Kuwait en 1990. Se liberó Kuwait con 100.000 toneladas de bombas y se condenó a Arafat al ostracismo. Sin embargo, un año después de que Saddam ofreciera retóricamente retirarse de Kuwait si Israel hacía lo mismo en Cisjordania, Gaza y Jerusalén-este, ahí estaba la administración norteamericana de Bush padre inaugu-

⁷ RASHID, A.: *Los Talibán...*, op. cit., pp. 206-207.

rando la Conferencia de Madrid que abriría las puertas al proceso de paz de Oslo. Quizás ambos conflictos tenían algún punto de conexión cuando Washington tuvo que prometer abordar la ocupación israelí para conseguir el apoyo de sus aliados árabes en el esfuerzo diplomático y militar para desocupar Kuwait.

De nuevo hubo un silencio periodístico y un cierre de filas político todavía más paralizante después de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Acusaciones de antisemitismo y de connivencia con el terrorismo a los que buscaban explicaciones para tan despiadados actos de violencia. Explicaciones, que no justificaciones, pero ahí estaba ya en marcha la «guerra contra el terrorismo» para mayor confusión: Afganistán, Iraq de nuevo y, en el intermedio, otra vez el conflicto palestino-israelí, pero ahora ya no para intentar que Israel cumpliera las resoluciones de la ONU que le obligan a desocupar los territorios palestinos, sino para justificar su renovada voracidad colonizadora. Eran tiempos de trincheras y Ariel Sharon era el aliado número uno de los Estados Unidos en la región: luz verde, por lo tanto, a la reocupación, al entierro definitivo del moribundo proceso de paz. En menos de un año se había cerrado el círculo. Diez meses de tiempo para que tres intransigentes acabaran con los puentes de diálogo construidos durante más de una década.

Primera aparición, George W. Bush, noviembre de 2000. Su victoria electoral por escaso margen supuso, por el contrario, un cambio radical de los sectores con influencia en la Casa Blanca. Se prescindió de los *lobbies* de mayor peso en la era Clinton, sobre todo los vinculados a las nuevas tecnologías y las finanzas, que habían optado por dar apoyo al vicepresidente y candidato demócrata, Al Gore. Se trata de grupos de presión que se habían beneficiado enormemente de la globalización y de las políticas multilateralistas y de estabilización del presidente saliente. De la mano de Bush, y más todavía de la de su vicepresidente Dick Cheney, ascendían los sectores más duros de la energía, sobre todo los petroleros, y del complejo militar-industrial. Grupos mucho más agresivos, cuyos beneficios aumentan en periodos de inestabilidad por el incremento del precio de los hidrocarburos y el aumento de las ventas de armas. Ideológicamente se sitúan en el neoconservadurismo y mantienen vínculos con los sectores más irredentistas del *lobby* israelí⁸.

⁸ ÁLVAREZ-OSSORIO, I., e IZQUIERDO, F.: «El gran juego norteamericano», en *¿Por*

Casualmente, el máximo exponente ideológico de esta derecha norteamericana lanzó su declaración de principios apenas unos meses antes de que Bin Laden y su número dos, el egipcio Ayman al-Zawahiri, crearan el Frente Islámico Internacional para la Jihad contra Judíos y Cruzados. Los norteamericanos se alineaban en un *think tank* llamado Proyecto para un Nuevo Siglo Americano (PNAC, en sus siglas en inglés), y su declaración se centraba en la necesidad de fortalecer la hegemonía norteamericana sobre sus aliados a nivel político, y militarmente contra sus enemigos. Meses después, en una carta al entonces presidente Clinton, los *neocoons* ya señalaban Iraq como el objetivo prioritario⁹. Cheney, Jeb Bush, hermano del futuro presidente, y Donald Rumsfeld, artífice de la invasión de Iraq cuando llegó al Pentágono, formaban parte del PNAC. También el «príncipe de las tinieblas», como se conoce en Washington a Richard Perle. Fue asesor de Rumsfeld en el Pentágono después de haber colaborado también con la firma armamentística israelí Soltam. Llegó a ser investigado por una supuesta filtración de información confidencial norteamericana a Israel. Precisamente tuvo que abandonar el Pentágono por otro conflicto de intereses, en este caso económicos. Fue el mismo mes en que caía el régimen de Saddam Hussein. Misión cumplida.

Segunda aparición, Ariel Sharon, febrero de 2001. El veterano militar y político ultranacionalista israelí era elegido primer ministro por vez primera en su dilatada y controvertida carrera, dieciocho años después de haber tenido que dimitir de la cartera de defensa por su «responsabilidad indirecta» en las matanzas de palestinos en Sabra y Chatila (Líbano), según la comisión de investigación israelí Kahan. Sharon supo utilizar a fondo el estallido de la segunda Intifada palestina que él mismo contribuyó a encender cuatro meses antes de las elecciones con su provocadora visita a la Explanada de las Mezquitas de Jerusalén-este. Se apoderó de los argumentos apocalípticos de su contrincante electoral y amigo personal, el también general, en este caso laborista, Ehud Barak. Fue Barak quien pretendió demostrar que no había un interlocutor palestino después del fiasco de la cumbre precipitada de Camp David. Barak fue también quien convenció

qué ha fracasado la paz? Claves para entender el conflicto palestino-israelí, Madrid, Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación-La Catarata, 2005, pp. 180-217.

⁹ SEGURA, A.: «Poder o debilitat?», en *Senyors i vassalls del segle XXI. Una explicació fonamental i clara dels conflictes internacionals*, Barcelona, La Campana, 2004, pp. 233-237.

a los israelíes, que había hecho la oferta más generosa posible a los palestinos y que ellos la habían rechazado, y por último fue el mismo Barak quien sugirió a los israelíes la necesidad de imponer una separación unilateral a los palestinos, la urgencia de alzar un muro. A Sharon sólo le faltaba una explosión de violencia palestina para convencer al electorado de que era la supervivencia del Estado de Israel la que estaba en juego y que en estas circunstancias su currículum era el más adecuado para aplastar al enemigo. Era lo que algunos llamaron «el síndrome de la segunda parte de 1948», en referencia al supuesto peligro que volvía a correr la existencia misma de Israel¹⁰.

Tercera aparición, Osama Bin Laden, septiembre de 2001. Su irrupción, por supuesto, fue al margen de los procesos electorales. El icono del islamismo radical internacional eligió la más cruel de las operaciones suicidas (y homicidas) para causar daños humanos sin precedentes en este tipo de atentados: tres millares de muertos. El golpe devastador contra dos símbolos del poder norteamericano en el mundo, el World Trade Center y el Pentágono, no dejaban lugar a dudas sobre la voluntad y la capacidad de fuego de Al Qaida, sobre su determinación de llevar la muerte al domicilio del enemigo, un territorio exento de actos de guerra desde hacía casi un siglo y medio. Bin Laden apenas tardó un mes en justificar la acción de los 19 kamikazes sauditas y relacionarla con el conflicto que más conmueve al mundo árabe. Lo hizo a través de una grabación de video y audio, emitida por primera vez el 7 de octubre de 2001 por la cadena de televisión vía satélite qatari Al Jazeera: «En cuanto a los Estados Unidos, he de decir unas palabras a su gobierno y a su pueblo: juro por Dios que Estados Unidos no vivirá en paz antes de que la paz reine en Palestina, ni antes de que todo el ejército de infieles abandone la tierra de Mahoma, que la paz sea con él».

La intervención en Afganistán había comenzado, pero todavía no ha concluido. Más de cuatro años después, Washington ha reducido al mínimo su presencia en Arabia Saudita, pero ahora sus soldados mueren en suelo iraquí, luchando precisamente contra Al Qaida allí donde no existía. En Palestina no hay paz, ni perspectivas de que vaya a haberla a medio plazo, y son los islamistas de Hamás quienes han ganado las recientes elecciones democráticas a pesar, o precisamente

¹⁰ REINHART, T.: «Octubre de 2000: segunda parte de 1948», en *Israel-Palestina: cómo acabar con el conflicto*, Barcelona, RBA, 2004, pp. 91-114.

a causa, de los múltiples asesinatos de sus líderes ordenados por Sharon. Bush, Sharon y Bin Laden cabalgan sobre una región en la que se dispara mucho y se habla poco. La zona más explosiva del mundo se encuentra al límite de la presión que puede soportar.

Oriente Medio no se ha democratizado, y a juzgar por los recorres de libertades en Occidente y por la creciente inseguridad que han generado atentados como los de Madrid y Londres, más bien parece que son los métodos característicos de Oriente Medio los que invaden nuestras democracias. En un mundo globalizado, con flujos de población incontables, y cada vez más dependiente de los hidrocarburos en vías de extinción, lo que ocurra en Oriente Medio resonará cada vez con más fuerza en nuestras propias calles. No es posible aislar el conflicto. Ni empezar a desactivarlo sin comprender su génesis.

1948, siempre

Occidente en general, y sus medios de comunicación más poderosos en particular, ven el conflicto entre israelíes y palestinos como un presente constante de violencia que sólo tendrá solución en un futuro incierto a través de negociaciones directas entre ambas partes. La historia no existe. Hay dos partes que matan y mueren hasta que un día aprendan a compartir unos territorios en disputa. Es por esta razón que los mapas han desaparecido de las decenas de informaciones diarias con que nos inundan CNN, *The New York Times*... incluso la BBC. La cartografía histórica recordaría con demasiada evidencia que el plan de partición de la ONU de 1947 (resolución de la Asamblea General 181-II) daba a los cerca de 700.000 judíos el control sobre el 55 por 100 de Palestina, aunque poseyeran menos del 10 por 100 de la propiedad de la tierra; el 45 por 100 restante de Palestina quedaba para los más de 800.000 árabes. Mostraría también que hoy los palestinos se baten por sólo el 22 por 100 de aquella Palestina que estuvo bajo mandato británico; es decir, que luchan por tres de los territorios ocupados en la guerra de 1967: Cisjordania, Gaza y Jerusalén-este. Tres espacios conquistados por Israel, cuya devolución exige —sin demasiado éxito— la ONU desde que su Consejo de Seguridad aprobara la resolución 242 el mismo 1967. Una resolución que condena la adquisición de territorios por la fuerza y consecuentemente

insta a Israel a desocuparlos. La resolución también reconoce el derecho de todos los Estados de la región —incluido, por supuesto, Israel— a vivir en paz. Es lo que comúnmente se conoce bajo la fórmula «paz por territorios».

Informar desde el vacío histórico obvia estas realidades determinantes del pasado. Negociar desde la atemporalidad hace inviable cualquier acuerdo de paz porque no se comprenden los objetivos estratégicos que persiguen cada una de las partes. Israelíes y palestinos continúan paralizados en la historia, inmovilizados en 1948. Su tiempo de confrontación no es el presente sino el pasado. Creen, justificadamente, que sin conquistar los orígenes no tendrán futuro. Por eso las informaciones son a menudo tan sesgadas, porque no tienen contexto. Por eso han fracasado todos los planes de paz. Porque son proyectos de futuro con la ilusión de solucionar un conflicto antes de que las partes hayan cerrado un acuerdo sobre su génesis, sobre su pasado.

El desacuerdo es total. Israelíes y palestinos se disputan incluso sus raíces y han llevado su enfrentamiento hasta los tiempos bíblicos¹¹. Exceden el ámbito de este artículo la arqueología y la exégesis bíblica, pero baste con mencionar el convencimiento de ambos pueblos de que su victoria, o como mínimo su supervivencia, dependen del control de su pasado. De ahí la constante alusión a 1948, el año de ruptura total: del resurgimiento después del Holocausto, de la independencia para los judíos israelíes; el año de la *Naqba* (la catástrofe, en árabe) para los palestinos, el momento de la destrucción de su sociedad.

«En este día del Holocausto, los soldados también han interrumpido durante un minuto los combates y entre los silbidos de las balas, el ruido de las cargas explosivas y de las ametralladoras también han conmemorado la *Shoah*. Sobre todo allí en medio de los combates que libran en las callejuelas de Jenín, la ciudad vieja de Nablús y los nidos del terrorismo de Belén y de Ramallah. Especialmente aquí, y ahora más que nunca, en la lucha por defender el hogar en una guerra que no tiene alternativa, en la cual nos hemos visto obligados a luchar en defensa propia y para proteger a nuestras familias. Nos sentimos comprometidos a recordar y a no olvidar. El Holocausto y el resurgimien-

¹¹ WHITELAM, K. W.: *The invention of Acient Israel. The silencing of Palestinian history*, Londres, Routledge, 1996.

to, el recuerdo y la esperanza se mezclan estos días de una manera indisoluble, en un vínculo que no ha de romperse de ninguna manera»¹². *Shoah* y resurgimiento, defensa propia; por un momento creí que estaba ante la arenga de un oficial de la *Haganah* en primavera de 1948, en plena guerra. Pero no eran las ciudades de Jerusalén, Tiberias o Beersheva las que parecían en peligro, sino Jenín, Belén y Ramallah las que constituían una aparente amenaza.

Era primavera, sí, pero cincuenta y cuatro años después de la guerra de 1948. En pleno Día del Holocausto, el general Shaul Mofaz, jefe del Estado Mayor del *Tsahal* (Ejército israelí) se dirigía a los soldados justamente desde el otro lado de las verjas que encierran herméticamente a casi un millón y medio de palestinos dentro de los 330 kilómetros cuadrados de la franja de Gaza. Hablaba junto a la figura metálica de Mordehai Anilewicz, el comandante de la épica sublevación judía en el gueto de Varsovia. Pero objetivamente ahora Israel no estaba en peligro, y no eran los hogares de la potencia militar y económica hegemónica en Oriente Próximo los que desaparecían bajo los misiles o las excavadoras. Tampoco era cierto que su gobierno no hubiera tenido alternativa al reciente desencadenamiento de la Operación Escudo Defensivo, un nuevo eufemismo del primer ministro Ariel Sharon para referirse a la reocupación de Cisjordania.

De hecho, eran los hogares palestinos y las infraestructuras de la Autoridad Palestina los que estaban siendo demolidos en este intento de acabar militarmente con la segunda Intifada. A escasos kilómetros de donde hablaba Mofaz, sólo tres meses antes, habíamos podido filmar el campo de escombros al que su ejército había reducido unas 140 casas palestinas en Rafah, al sur de Gaza. Una madre de familia nos dijo que nadie les había advertido de la demolición, que salvaron la vida gracias al ruido que hacen los *bulldozers*. Se despertó, tuvo tiempo de arrancar a sus 5 hijos de la cama y pudieron huir con lo puesto. Les encontramos al día siguiente mientras intentaban recuperar algunas de sus escasas pertenencias entre los restos de lo que había sido su hogar. El ejército israelí había ampliado la «zona de seguridad» anexa a la frontera con Egipto. Motivo: evitar que los milicianos palestinos pudieran continuar disparando contra los soldados ocu-

¹² ROURA, J.: *Israel, el país de la por*; Barcelona, programa 30 Minuts de TVC, 10 de mayo de 2002.

pantes desde aquellas chabolas¹³. Un nuevo castigo colectivo, otra violación de la IV Convención de Ginebra que obliga a las potencias ocupantes a velar por la seguridad y el bienestar de las poblaciones civiles ocupadas.

Pero sin duda el episodio más brutal de esta «guerra que no tiene alternativa» iba a conocerse pocos días después de que Mofaz citara justamente la ciudad de Jenín. La Operación Escudo Defensivo se había desencadenado el 27 de marzo de 2002. El 3 de abril unos 60 carros de combate israelíes entran en la ciudad cisjordana de Jenín y se dirigen hacia el campo de refugiados, al oeste del municipio; un kilómetro cuadrado de territorio donde se hacinaban 14.000 personas. El 6 de abril, ante la feroz resistencia de los milicianos palestinos, los blindados irrumpen en el campo bajo cobertura de fuego aéreo desde aviones F-16 y helicópteros Apache, todos de fabricación norteamericana. El 9 de abril mueren trece soldados israelíes en una emboscada. Entran los *bulldozers*. Moshe Nissim, un reservista israelí de cuarenta años describió su «trabajo» ininterrumpido durante setenta y cinco horas en el campo de refugiados de Jenín a bordo de un D-9, un gigante blindado de la empresa Caterpillar, también estadounidense. Lo publicó el 31 de mayo de 2002 el diario de mayor difusión israelí, el *Yedioth Aharonot*, pero de nuevo una información tan valiosa pasaba inadvertida para la mayoría de medios occidentales:

«Las cosas empezaron a ponerse serias el día que 13 de nuestros soldados fueron muertos en esta callejuela del campo de refugiados de Jenin [...] Yo quería destruirlo todo. Cuando los oficiales me daban la orden de demoler una casa, aprovechaba para demoler algunas más [...] Créame, no hemos destruido suficientes. Durante tres días destruí y destruí. Toda el área. Derribaba cada casa desde la que disparaban. Para eso había que demoler algunas otras. Se les advertía por altavoz que salieran de la casa antes de que yo llegara, pero no le di a nadie la oportunidad de salir... Mucha gente estaba dentro de las casas cuando comenzamos a demolerlas [...] No vi caer casas sobre gente viva, pero si eso ocurrió, no me importa. Estoy seguro de que murió gente dentro de esas casas, pero era difícil de ver, porque había toneladas de polvo y trabajamos mucho de noche. Sentía placer al ver derrumbarse las casas, porque sabía que [a los palestinos] no les importa la muerte pero les

¹³ Íd.: *Palestina, el país captiu*, Barcelona, programa 30 Minuts de TVC, 3 de febrero de 2002.

importan sus casas. Si algo lamento, es no haber destruido todo el campo [...] Cuando terminaron los combates, nos ordenaron que sacáramos el D-9, porque el ejército no quería que los periodistas y los fotógrafos nos vieran en acción...»¹⁴.

El olor dulzón de la muerte continuaba fluyendo desde los escombros de las 280 casas destruidas en el barrio al-Hawashin cuando organizaciones humanitarias y periodistas pudimos, por fin, entrar en el campo de Jenín el 15 de abril. Durante cuatro días, ya sin combates, el ejército israelí estuvo operando en el campo sin ningún control independiente. El balance oficial de la «operación» era de entre 52 y 56 palestinos y 23 soldados israelíes muertos. La única oportunidad que quedaba para establecer una versión imparcial de lo ocurrido y un balance de víctimas contrastado era la aplicación de la resolución 1405 aprobada por unanimidad en el Consejo de Seguridad de la ONU el 19 de abril. El secretario general, Kofi Annan, formó la preceptiva comisión de investigación en tres días, pero las maniobras dilatorias del gobierno israelí le convencieron de disolverla días días después, puesto que «cada vez resultará más difícil establecer con confianza o precisión los acontecimientos ocurridos recientemente en el campo»¹⁵. La 1405 acababa de engrosar la lista de resoluciones de la ONU que Israel tiene pendientes de cumplir. En esta ocasión, de manera irreversible.

Jenín es el paradigma de este eterno retorno a 1948. Para los israelíes todo volvía a estar justificado por su convencimiento inducido de que luchaban de nuevo por su supervivencia desde el estallido de la segunda Intifada. Para los palestinos era miedo sobre miedo. Un pueblo con el exilio marcado a fuego en el subconsciente colectivo, cuya mayoría la forman, todavía hoy, unos cuatro millones de refugiados de 1948 y 1967 y sus descendientes, ahora veía de nuevo cernirse sobre él la amenaza de una nueva expulsión. «Todavía puedo oler el mar de mi abuelo», me había dicho en una ocasión un joven del campo de Jenín. Nunca había visto el Mediterráneo, pero el padre de su padre, como la mayoría de los fundadores del campo de Jenín, proce-

¹⁴ WARCHAWSKI, M.: «Una doble deshumanización», en *A tumba abierta. La crisis de la sociedad israelí*, Barcelona, Icaria, 2004, pp. 37-38; CHAHAL, N., y KODMANI, H.: «Neuvième jour», en *Avril à Jenine*, París, La Découverte, 2002, pp. 53-57.

¹⁵ Carta de Kofi Annan al presidente del Consejo de Seguridad. Naciones Unidas S/2002/504, 1 de mayo de 2002.

día de Haifa. Sólo 50 kilómetros separan ambas ciudades. La *Naqba* las había puesto a más de medio siglo de distancia.

De la *Naqba* a la nada

En mayo de 1998, mientras la mayor parte de los medios de comunicación occidentales reproducían hasta la saciedad la misma historia oficial de la creación del Estado de Israel para conmemorar su cincuenta aniversario, la propia televisión pública israelí rompía filas y emitía *Tekumá* (*Resurgimiento*), una serie documental donde por primera vez se ofrecía al gran público israelí una revisión crítica, matizada, de la historiografía nacional-patriótica. La guerra de 1948 se despojaba en *prime time* de una parte de sus mitos. Ya no había sido la lucha con tintes bíblicos de «David contra Goliat», la victoria del ejército israelí perdía su carácter casi milagroso, puesto que había estado más motivado, mejor preparado y armado que los irregulares palestinos y los ejércitos árabes que declararon la guerra sin planificación previa, carentes de un comando centralizado y sujetos a intereses políticos contradictorios de sus respectivos gobiernos autocráticos. Los 700.000 palestinos refugiados durante el primer conflicto tampoco habían huido alegremente al son de las consignas difundidas por sus líderes a través de la radio para facilitarles la campaña militar, como insisten todavía hoy los libros de texto escolares israelíes. Muchos de ellos —defendía *Tekumá*— se habían marchado aterrorizados por la guerra, y algunos quizás fueron víctimas de expulsiones provocadas por el ejército de Israel, aunque sólo fuera por imperativo de su estrategia militar.

A pesar de la timidez de estas sugerencias, la serie causó un debate político encendido en Israel. El Likud de Netanyahu y Sharon, en el gobierno, acusó al canal de televisión y a los productores de *Tekumá* de «irresponsabilidad» por haber introducido dudas sobre una determinada —e interesada— versión de los acontecimientos más fundamentales en la historia de Israel. Los hechos eran bien conocidos y su gravedad fue mayor. Lo que más dolía a la derecha y la extrema derecha israelíes era la gran difusión que iba a tener *Tekumá* y la fecha emblemática seleccionada para la emisión, cuando los grandes medios de comunicación occidentales loaban «el milagro israelí», «la historia de un éxito», «la resurrección del pueblo judío».

Nosotros decidimos compartir la conmemoración con ambos protagonistas. Israel había sido, efectivamente, un éxito para los judíos de Palestina, pero a costa —y en eso quizás todos estén de acuerdo, al margen de las causas— de sus vecinos árabes. No en vano para ellos, los 14 de mayo, mientras los judíos celebran su independencia, son días de duelo, por la *Naqba*. Precisamente visitamos el minúsculo pueblo de Ein Hud, en el Carmelo, al sudeste de Haifa. Lo localicé a través de un libro de David Grossman porque no figura en ningún mapa de Israel¹⁶. El topónimo más cercano que puede encontrarse es Ein Hod, el nombre hebraizado de la vieja Ein Hud, hoy un pueblo turístico, en buena medida habitado por artistas judíos israelíes. Los dos centenares de habitantes de la actual Ein Hud, palestinos, huyeron de sus hogares por temor a represalias del ejército judío en 1948. Se instalaron, creían que provisionalmente, en una ladera desde donde veían sus casas. Hoy todavía pueden verlas, pero jamás volvieron. Pertenecen a la casta de los «ausentes-presentes», según el kafkiano nombre legal que les da la burocracia de Israel. Un Estado que no les reconoce. Ein Hud no dispone de acceso asfaltado, ni escuela pública, ni red eléctrica. Cualquier construcción es ilegal, susceptible —como algunas veces ha pasado— de ser demolida por las autoridades. Son los refugiados del interior, unos quince o veinte mil desplazados según ellos mismos —Israel no ofrece cifras—, los que constituyen el testimonio más incómodo de lo que sucedió en 1948. Simplemente llegaron tarde, o se les impidió acceder a sus casas antes del censo del 1 de septiembre de este año. La Ley de Propiedad de los Ausentes de 1950 les iba a equiparar con el resto de los 700.000 refugiados exteriores, e igualmente otorgaba el control de todas sus posesiones al nuevo Estado.

No, por supuesto que *Tekumá* no descubrió lo que ya se conoce como «el pecado original» de Israel. La destrucción de la sociedad palestina está documentada desde los años cincuenta por historiadores palestinos como Arif al-Arif y Mustafa al-Dabbagh, pero sus obras, de diversos volúmenes y con recopilaciones masivas de testimonios, pasaron desapercibidas en un tiempo en el que en Europa se sumaban la mala conciencia post-Holocausto y la admiración acrítica del joven Estado judío; una actitud, esta última, que llegaría al

¹⁶ GROSSMAN, D.: *Presencias ausentes. Conversaciones con palestinos en Israel*, Barcelona, Tusquets, 1994, pp. 81-98.

paroxismo con la fulgurante victoria militar israelí en junio de 1967. Hubo que esperar una década más para que fueran los propios archivos israelíes —tras treinta años de secreto buena parte de los documentos de 1948 fueron accesibles a partir de 1978— quienes demostraran que la mayoría de palestinos, más que huir, habían sido expulsados.

Acababan de nacer los llamados «nuevos historiadores» israelíes, o «revisionistas», por su revisión profunda de la historiografía oficial israelí. El primero en publicar, el más reconocido y menos cuestionado por el *stablishment* político es Benny Morris, puesto que a pesar de haber documentado la destrucción de 400 pueblos palestinos, justifica las expulsiones: «El problema de los refugiados palestinos surgió de la guerra, no de un diseño (preestablecido) de judíos o árabes. Fue sobre todo fruto de los temores de árabes y judíos y de la lucha dura y prolongada que caracterizó la primera guerra israelo-árabe; en menor medida fue consecuencia deliberada de los comandantes y políticos judíos y árabes»¹⁷. Morris ha explicado en diversas ocasiones que, en su opinión, las expulsiones se produjeron por imperativo militar. Y aún fue más lejos en una entrevista que me concedió poco después del inicio de la segunda Intifada, cuando afirmó que «las expulsiones fueron necesarias para la supervivencia de Israel como un Estado judío y democrático».

Un par de años más tarde, el propio Morris revisaba su obra y, ya liberado del tono políticamente correcto, escribía:

«El desplazamiento de árabes fuera de Palestina o de las áreas de Palestina que formarían el estado judío era inherente a la ideología sionista y, en menor escala, a la praxis sionista desde el inicio de su andadura...».

«... no hubo ambigüedad en la política israelí desde el verano de 1948 hacia los que habían sido desplazados y eran refugiados y hacia los que todavía habían de ser desplazados, en futuras operaciones: Generalmente aplicada con decisión y, a menudo, con brutalidad, la política consistía en prevenir a cualquier precio el retorno de cualquier refugiado. Y sí, de alguna manera, los refugiados conseguían infiltrarse de vuelta, habitualmente eran detenidos y expulsados (aunque decenas de millares de “infiltrados” en última instancia consiguieron reasentarse y hacerse ciudadanos de Israel). En este sentido,

¹⁷ MORRIS, B.: «Conclusion», en *The birth of the Palestinian refugee problem, 1947-1949*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, p. 286.

puede decirse honradamente que todos los más o menos 700.000 (palestinos) que acabaron como refugiados fueron desplazados obligatoriamente o “expulsados”¹⁸.

Naturalmente tal afirmación, bien documentada a lo largo de las casi seiscientas páginas anteriores, es una muestra palpable de la flagrante violación por parte de Israel de la resolución 194 de la Asamblea General de la ONU del 11 de diciembre de 1948. Resolución que, en su punto 11, «dispone que a los refugiados que deseen volver a sus hogares y vivir en paz con sus vecinos debería permitírseles hacerlo en la fecha más temprana posible, y que se deberían pagar compensaciones por la propiedad de los que eligieran no volver y por la pérdida o los daños a la propiedad que, bajo los principios de la ley internacional o por equidad, deberían hacerse efectivas por los gobiernos o autoridades responsables...». El cumplimiento de esta resolución se explicitó como condición para la posterior entrada de Israel en las Naciones Unidas, pero Israel ingresó muy pronto, y más de medio siglo después la 194 ya sólo es una de las dos bazas de negociación de las que disponen los palestinos. La otra es la ya mencionada resolución «paz por territorios», la 242 de 1967, aprobada por el Consejo de Seguridad.

No es extraño que uno de los más ardientes defensores de la estrategia israelí en la cumbre de Camp David de julio de 2000 fuera el propio Benny Morris. El otro, por supuesto, fue el impulsor del acontecimiento, el jefe de la delegación de Israel y primer ministro, Ehud Barak. Ambos firmaron —en forma de entrevista, del historiador al político— una réplica a un artículo anterior de Robert Malley, consejero especial del presidente Clinton en Camp David, y Husseín Agha, profesor del St. Antony's College de Oxford. Un año después de la cumbre, con Barak ya retirado y en plena segunda Intifada, Malley y Agha constataban la imprudencia cometida por Barak cuando culpó a Arafat del supuesto fracaso de la cumbre, y más todavía por haber convencido a los israelíes de que ni los palestinos ni Arafat querían la paz¹⁹. Morris cita a Barak en una frase que quizás demuestra mejor que ninguna otra su mentalidad: «Son —los palestinos y Arafat—

¹⁸ ÍD.: «Conclusion», en *The birth of the Palestinian refugee problem revisited*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 588-589.

¹⁹ AGHA, H., y MALLEY, R.: «Camp David: The Tragedy of Errors», *The New York Review of Books*, 9 de agosto de 2001.

producto de una cultura en la cual decir una mentira [...] no es disonante. No tienen el problema de decir mentiras que existe en la cultura judeo-cristiana. La verdad la ven como una categoría irrelevante. Sólo existe lo que sirve a tus propósitos y lo que no. Se ven a ellos mismos como emisarios de un movimiento nacional a los que todo les está permitido. No conocen el concepto “la verdad”»²⁰.

¿Y cual era «la verdad» para Ehud Barak? Su menosprecio de orientalista decimonónico hacia los palestinos en general y hacia su supuesto «socio para la paz» Arafat en particular había provocado en Barak una profunda decepción. ¿No comprendía Arafat que su propia debilidad le obligaba a aceptar la ya famosa «oferta generosa» del primer ministro? ¿Acaso no veía que ningún otro jefe de gobierno de Israel iba a llegar tan lejos?, y sobre todo, ¿no se daba cuenta Arafat de que sin un buen acuerdo para los israelíes estaba poniendo en aprietos al propio Barak, cuyo gobierno ya estaba en crisis y preparado para perder las elecciones? Barak, más que un acuerdo de paz justo y duradero, necesitaba una victoria en Camp David. ¡Y Arafat osaba resistir! Necesitaba que el viejo Arafat firmara la rendición palestina, es decir la renuncia a la aplicación de las resoluciones 242 y sobre todo la 194 a cambio de... promesas. Un intento de repetir los catastróficos resultados que había tenido para los intereses palestinos la Declaración de Principios firmada en la Casa Blanca en 1993.

«La consecuencia final y ampliamente desconocida de la táctica de Barak —afirman Malley y Agha— es que, hablando rigurosamente, nunca hubo una oferta israelí. Decidido a proteger la posición de Israel en caso de fracaso, y determinado a no dejar que los palestinos sacaran ventaja de compromisos unilaterales, los israelíes siempre pararon uno, incluso varios pasos antes de hacer una propuesta. Las ideas mostradas en Camp David nunca fueron puestas por escrito, sólo apuntadas oralmente. En términos generales se presentaron como conceptos norteamericanos, no israelíes; de hecho, a pesar de haber pedido la oportunidad de negociar cara a cara con Arafat, Barak rehusó mantener ningún encuentro sustancial con él en Camp David por miedo a que el líder Palestino quisiera ver las concesiones israelíes puestas sobre la mesa»²¹.

²⁰ MORRIS, B.: «Camp David and After: An Exchange (1. An Interview with Ehud Barak)», *The New York Review of Books*, 13 de junio de 2001.

²¹ AGHA, H., y MALLEY, R.: «Camp David...», *op. cit.*

Trece meses tardó Malley en dar su versión de mediador, más contrastada por supuesto que la avalancha de acusaciones resentidas contra la delegación palestina que lanzaron Barak y su ministro de exteriores, Shlomo Ben Ami. Les daba cobertura el siempre contemporizador con los intereses israelíes Denny Ross, enviado especial de Clinton para Oriente Medio, que cándidamente ha reconocido que, para él, «... trabajar para la paz requiere que los árabes entiendan que no van a poder colocar ninguna cuña entre los Estados Unidos e Israel y que Israel no va a desaparecer»²². Siguiendo el hilo de su jefe negociador, el propio presidente Clinton incumplió su promesa hecha a Arafat de no señalar culpables si fracasaba la cumbre. Acabó haciéndolo de manera indirecta el mismo día que se levantaron las sesiones: «Cometería un error si no ensalzara a Barak porque creo que se ha arriesgado mucho. El primer ministro ha avanzado más desde su posición inicial que el presidente Arafat, sobre todo en la cuestión de Jerusalén».

Ya había un titular. Cumbre, fracaso; culpable, Arafat. Ninguna de las dos cosas eran exactas, pero de nuevo las palabras se calibraron mal. Muy pocos periodistas mantuvieron la prudencia con que se debe informar de dos semanas agónicas de negociaciones en secreto. Pero menos fueron los que quisieron darse cuenta de que más que un fracaso, Camp David representaba el primer intento serio de abordar las cuestiones del llamado «estatuto final», los cestos más difíciles del proceso de paz: asentamientos, fronteras, Jerusalén y refugiados. Ésta era la noticia. La distancia entre ambas delegaciones era excesiva para que pudiera salvarse en tan poco tiempo, a menos que... se esperara la rendición de Arafat. No había culpable puesto que no hubo fracaso, únicamente demasiada prisa por parte de un presidente que quería entrar en la historia antes de abandonar la Casa Blanca al cabo de seis meses. Demasiados compromisos también para ayudar a su amigo Barak en su inminente campaña electoral. Arafat sólo había sido culpable, por una vez, de no ceder definitivamente los derechos históricos y reconocidos de los palestinos a cambio de humo.

En mis archivos constan escasísimos artículos con referencias históricas nítidas. Camp David no había sido una negociación entre dos partes iguales sobre unos territorios en disputa, como cada vez más a

²² ROSS, D.: *The Missing Peace. The Inside Story of the Fight for Middle East Peace*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2004, p. 7.

menudo se conocen los territorios ocupados ilegalmente por Israel en los medios anglosajones. En la cumbre, como a lo largo de todo el proceso de paz, se habían confrontado el Estado más poderoso de la región con el pueblo —sin Estado— más débil. Naturalmente que Barak había flexibilizado más su posición, puesto que representaba al país ocupante. Los palestinos ya habían corrido su trecho desde que en 1988 habían reconocido al estado de Israel en sus fronteras de 1967, conformándose de esta manera con el 22 por 100 de la Palestina histórica del mandato británico. Ya poco más tienen por ofrecer, excepto la rendición.

Prueba de ello es que Barak acabó presentando una oferta realista, con mapas sobre la mesa. Israel evacuaría toda Gaza y hasta un 96 por 100 de Cisjordania; para el 4 por 100 restante aceptaba la idea del intercambio territorial. Jerusalén tendría una doble capitalidad: los barrios árabes serían para el Estado de Palestina y los judíos para Israel. La cuestión de los refugiados estaba más abierta, pero Israel reconocía la necesidad de aplicar la resolución 194, sobre todo a través de compensaciones económicas. Un último esfuerzo, titánico, prueba de que ni Camp David había sido un fracaso ni Barak había hecho su oferta más generosa. Pero la tragedia persigue a este conflicto. Este último tramo negociador, en Taba, se abrió a tan sólo un mes de las elecciones en Israel. No había tiempo material para cerrar un acuerdo. Las partes se emplazaron para después de los comicios, pero se sentía ya el aliento de Sharon en todas las encuestas. El nuevo primer ministro ya había adelantado que nada de lo negociado le iba a comprometer. Taba ya sólo representa un simple documento, el Documento Moratinos, por el nombre del único testigo internacional de las reuniones. El entonces embajador de la Unión Europea para el proceso de paz recopiló lo que todavía hoy constituye el único camino de entendimiento para ambos pueblos²³. El resto es conocido. Todo quedó en nada. Un vendaval de guerra y muerte iba a recorrer toda la región.

²³ ELDAR, A.: «The peace that nearly was at Taba <The Moratinos document>», *Ha'aretz*, 14 de febrero de 2002.

«Guerra contra el terrorismo»

«¡Arafat es nuestro Bin Laden!», gritaba un nutrido grupo de colonos judíos ante el consulado de los Estados Unidos en Jerusalén-oeste. Primavera de 2002. Sólo había pasado medio año desde los terribles atentados de Nueva York y Washington. Tropas norteamericanas patrullaban ya por Kabul. En el Pentágono se preparaba la invasión de Iraq, y Bush estaba a punto de dar la razón al puñado de fanáticos que hoy confundían a Arafat con Bin Laden, igual que años antes habían llamado nazi a Rabin, en un anticipo de su asesinato. Entonces nadie comprendía todavía cómo el viejo prisionero de la Mukata constituía un peligro para la estabilidad mundial, pero poco a poco iba a calar en los medios de comunicación el latiguillo de que «Arafat constituye un obstáculo (algunos llegarían a decir que el mayor obstáculo) para la paz», y ya se sabe que cuando pelagra la paz en Oriente Próximo, el mundo entero puede temblar.

Bush tardó en hacer su aparición en la escena israelo-palestina. Pero dejó huella. Recién acabada la Operación Escudo Defensivo con centenares de palestinos muertos y las ciudades de Cisjordania reocupadas, el presidente norteamericano hizo público su diseño de lo que iba a conocerse como la Hoja de Ruta. Lo hizo a través de un discurso el 24 de junio de 2002. Básicamente culpaba a Arafat por el fracaso del proceso de paz y le exigía su jubilación a través del nombramiento de un primer ministro. Eran las concesiones previas necesarias para que Sharon —«un hombre de paz», en palabras textuales de Bush— accediera a reemprender las negociaciones con la Autoridad Palestina. Consecuentemente, la Hoja de Ruta nacida seis meses más tarde no podía ser un nuevo plan de paz como insistían en calificarla la mayoría de medios. Otra vez se calibraban mal las palabras, porque en realidad no era más que un documento colonial de pacificación para imponer a la Autoridad Palestina. Los palestinos debían renunciar a cualquier resistencia contra la ocupación. A cambio, como en el espíritu ya muerto de los acuerdos de Oslo, sólo les cabría esperar la buena voluntad de la potencia ocupante para que les permitiera establecer un Estado con la «máxima continuidad territorial». Las fronteras dependerían de la relación de fuerzas entre ambas partes durante la negociación. La fecha límite era... hace dos años, 2005.

Pero el mayor paso atrás de vuelta a los conflictos coloniales iba a darlo el mismo Bush sólo tres meses después, y a tan sólo unos quinientos kilómetros al este. En Iraq. Su «guerra contra el terrorismo» buscaba nuevo escenario, nuevas víctimas y necesitaba más mentiras para alimentarse. Ahí estaban todos los medios de comunicación, con escasas excepciones, mostrando grandes mapas para situar los supuestos silos de armas químicas y bacteriológicas, incluso las posibles instalaciones nucleares iraquíes; otros gráficos pretendían atemorizar con el amenazador alcance de los misiles de Saddam, tan prohibidos como inexistentes. Y los ridículos árboles genealógicos del secretario de Estado Colín Powell, donde intentaba representar un imposible vínculo entre la dictadura ferocemente laica del régimen baasista de Bagdad con el wahabismo militante de Bin Laden. De nuevo nada encajaba. Iraq había sido completamente desarmado en los años noventa, tal como aseguraban los inspectores de la ONU. Se trataba, además, de un país exhausto tras más de una década de las sanciones comerciales internacionales más draconianas de la historia. Sanciones que habían costado la vida de al menos 500.000 niños, según UNICEF. Nada parecía indicar que constituyera una amenaza mundial. Nada excepto los informes fabricados por Bush y Blair, repetidos por otros mandatarios subalternos, y por las agencias internacionales, y por los medios más poderosos. Arafat era su Bin Laden. Ahora Saddam era nuestro Hitler. Y con estas aberraciones ahistóricas nos fuimos a la guerra. Decenas de miles de militares y unos centenares de periodistas²⁴.

Titulares, grandes sumarios televisivos, programas especiales, imágenes aventureras por videoteléfono. El circo mediático estaba en marcha. El Pentágono no iba a repetir los errores de la guerra de 1991. Aquí prometían luz y taquígrafos, pero sólo para los «empotrados», los periodistas que firmaran las 12 páginas de condiciones intolerables de sumisión a los mandos militares de las unidades donde los adjuntaban. Para el resto, excepto los que ya estaban en Bagdad desde antes del inicio de los combates, paciencia y picaresca; desde Kuwait sólo se podía entrar clandestinamente a Iraq. Pero todos acabamos por llegar a la capital. La euforia de las redacciones, a miles de kilómetros, era palpable: «guerra relámpago», «victoria aplastante»,

²⁴ RIVERS PITT, W., y RITTER, S.: *Guerra contra Irak*, Barcelona, Ediciones B, 2002.

comparaciones con el final de la Segunda Guerra Mundial, con la caída del régimen de Milosevic. Nada que ver con la realidad: pillaje, incendios, tiroteos, las primeras desapariciones, y una gran desconfianza hacia los ocupantes. Para los sunitas habían venido a robar el petróleo y a castigar a un enemigo de Israel; los chiítas ya empezaban a pedir la retirada de las fuerzas extranjeras: «Gracias por quitarnos a Saddam, pero adiós. Ahora sois liberadores, pero si os quedáis mucho tiempo os empezaremos a odiar como ocupantes». Cualquiera de estas valoraciones populares parecía más verídica que los motivos inventados para la ocupación, más veraz que la mayoría de los partes de victoria que salían del cuartel general en Qatar y que se reproducían, indiscriminadamente, en los medios de comunicación.

Casi nadie acudía a la dramática historia de Iraq. No era un país milenario, aunque algunos adornaran sus crónicas con cultismos, menciones a *Las mil y una noches* y demás nostalgias del califato. Lo cierto es que Iraq había sido una creación —fracasada— del Imperio Británico, y que los militares de este mismo país acababan de llegar... por tercera vez²⁵. Primero fue en 1917: 600.000 soldados a las órdenes del general británico Stanley Maude «liberaron» la entonces Mesopotamia, en aquella ocasión del Imperio Otomano. En virtud de los acuerdos secretos Sykes-Picot diseñaron un país a la medida de sus intereses petroleros, con la unión de dos provincias ricas en crudo: Mosul al norte, mayoritariamente kurda, y Basora al sur, de mayoría chiíta, unidas y sometidas a un centro sunita, donde, para más confusión, gobernaría un rey extranjero, Faisal, tercer hijo del jerife hachemita de La Meca. La constante inestabilidad de esta construcción invitó a una segunda invasión británica en 1941, en medio de una creciente sublevación popular por el apoyo del Imperio a la creación de un Estado judío en Palestina. La ocupación británica de 1917 no gozó de las simpatías populares como la propaganda de la época también quiso hacer creer. Se impuso, y se mantuvo, a costa de miles de muertos. Hasta que un golpe de Estado en 1958 acabó con la vida del rey y la influencia de la antigua metrópoli.

La historia pudiera sonar familiar en esta Bagdad de nuevo «liberada». Pero la memoria occidental es de corto alcance, sobre todo la de los gobiernos y sus portavoces mediáticos. No la de sus víctimas.

²⁵ MARTÍN MUÑOZ, G.: *Iraq. Un fracaso de Occidente (1920-2003)*, Barcelona, Tusquets, 2003.

Hassan —utilizó este nombre común entre los chiítas para esconder el suyo en este país de nuevo derrotado por el miedo— vivía con su familia en unos barracones militares abandonados. Había pasado un año desde la invasión, y él ya había perdido su modesta casa porque la especulación era la única actividad económica que habían sabido exportar las potencias extranjeras. Tenía —dijo— treinta y cuatro años, pero aparentaba el doble. Su parte izquierda parecía quedarse siempre un palmo atrás mientras se tambaleaba entre los cascotes. No podía mover el brazo, y la pierna se arrastraba bajo una *galabiyya* de color imposible. Hablaba entrecortado, una frase y tres suspiros chirriantes que escapaban de sus pulmones gaseados. Con sólo dieciocho años, Saddam Hussein le había lanzado, como a otros miles de jóvenes iraquíes, la mayoría de la oprimida comunidad chiíta, a la reconquista de la península de Fao, en la desembocadura del Shatt el-Arab. La cobertura de artillería que les daban gaseaba las primeras líneas iraníes, pero el viento soplaba en dirección oeste y Hassan olió el característico hedor a huevos podridos. Demasiado tarde.

Saddam, como muy acertadamente recordaba este superviviente de los ocho años de la guerra Irán-Iraq, era entonces un aliado de Occidente que colaboraba en la contención de la República Islámica de Irán, encabezada por aquel otro enemigo número uno, el ayatolah Jomeini. Sus gases —los mismos con los que «mató a su propio pueblo», en frase incansablemente repetida por Bush, Blair y Aznar cuando se referían a los terribles crímenes de Saddam contra los kurdos, aunque nunca mencionaron a las víctimas iraníes— procedían de Alemania, Holanda... y de los propios Estados Unidos. Básicamente gas mostaza, gas tabún y gas nervioso, que abrasaban y paralizaban. Se habían exportado camuflados bajo la ambigua denominación de «pesticidas». Saddam ya había gaseado a miles de iraníes cuando Ronald Reagan envió a Donald Rumsfeld de visita al dictador iraquí en 1983. Las licencias de exportación iban a agilizarse²⁶. Quizás por eso se juzgó a Saddam en un tribunal de opereta, en Bagdad y dentro del búnker que comparten las embajadas norteamericana y británica con el gobierno del «nuevo Iraq», y no ante una corte internacional de justicia que pudiera haber hecho preguntas incómodas.

La villanía de Saddam no saltó a las primeras páginas hasta su invasión de Kuwait en 1990. Aun así —Hassan también lo recordaba

²⁶ FISK, R.: *La Gran Guerra...*, *op. cit.*, pp. 247 y 310-311.

perfectamente— Bush padre decidió mantenerlo en el poder después de derrotado en aras de la estabilidad del país. Ante los ojos de los ejércitos aliados vencedores iba a permitirse a Saddam ahogar con unos 300.000 cadáveres más la sublevación chiíta. Era el precio que esta comunidad iba a pagar por haber creído en el apoyo prometido por Occidente para acabar con la dictadura. Se hace difícil comprender cómo ya antes de empezar la última invasión de Iraq, en 2003, muchos colegas daban por sentada una nueva sublevación chiíta de bienvenida a los «liberadores». Simplemente, no se produjo.

La doble moral, el doble rasero ya tradicional con que se miden todos los conflictos en Oriente Medio en función de los intereses coyunturales de las potencias occidentales, han causado un escepticismo total en las sociedades árabes respecto a las intenciones de las democracias. Muy especialmente ante el último capítulo de esta eterna instrumentalización, la llamada «guerra contra el terrorismo», una denominación políticamente más correcta que la «cruzada» anunciada en primera instancia por Bush, inmediatamente después de los crímenes del 11 de septiembre. Cruzadas, guerras de civilizaciones y «guerra contra el terrorismo» son sinónimos de conflicto colonial e ideológico en las calles de Bagdad, El Cairo o Casablanca. Por eso la mitad de los jóvenes marroquíes, por poner un ejemplo, no creen que Al Qaida sea una organización terrorista, según encuestas fiables. Por eso incluso en la occidentalizada ciudad de Túnez había sonrisas en los cafés mientras se repetían por televisión las espantosas imágenes del 11-S en su primer aniversario. El término terrorismo se ha devaluado por su excesiva y muy subjetiva utilización.

Los palestinos, sin ir más lejos, no comprenden por qué a un militante suicida de las Brigada Qassem se le llama terrorista mientras se califica de «hombre de paz» al primer ministro israelí Sharon después de que el 22 de julio de 2002 ordenara matar con un misil de una tonelada precisamente al jefe de esta organización armada, Salah Shahade. Shahade estaba con su familia dentro de un bloque de viviendas de tres pisos en la ciudad de Gaza. Murió él, su mujer, tres hijos y diez personas más. Con ello se daba al traste, además, con una tregua que iban a proclamar los principales grupos armados palestinos después de una larga mediación de los representantes europeos Solana y Moratinos a través del jefe de seguridad de la Autoridad Palestina en Gaza, Mohammed Dahlan. Sharon se refirió al ataque como «uno de nuestros éxitos más grandes».

Tal es la falta de consenso sobre qué es terrorismo que justamente en las recientes elecciones palestinas, las más democráticas de las que se celebran en los países árabes, la organización islamista Hamás —«terrorista» según las listas de los Estados Unidos y de la Unión Europea— se alzó con la mayoría absoluta. Se iniciaba entonces la cacofónica repetición del mantra israelí, según el cual Hamás tenía que abandonar el terrorismo y reconocer al Estado de Israel antes de que pudiera negociarse nada. Incluso el obediente presidente de Afganistán, Hamid Karzai, antiguo empleado de la petrolera norteamericana UNOCAL, se sumó al coro. Y por supuesto, todos los medios de comunicación con sus miles de crónicas, editoriales, artículos de opinión, especialistas... orientalistas.

Hamás debería entrar en la vía política, sí. Pero cabría preguntar a los muchos ministros y portavoces si van a esperar los mismos años que llevan contemplando cómo Israel vulnera, por ejemplo, la resolución 242: exactamente cuarenta años. Preguntarles también si el endurecimiento de las posiciones palestinas no tendría algo que ver con la tolerancia occidental hacia los reiterados incumplimientos israelíes de los plazos en el proceso de paz. E incluso habría que ver si con el voto los palestinos no estarían clamando por su seguridad, después de permanecer atrapados durante una década entre la espada cada vez más afilada de la ocupación y la dura pared de los muchos abusos protagonizados por su gobierno. Una Autoridad Palestina a menudo más presionada desde el exterior para que garantizara la seguridad de Israel que no para que velara por el bienestar de sus ciudadanos.

En esta «guerra contra el terrorismo», ilimitada, se han cercenado libertades, se han asesinado inocentes, se han vulnerado las normas más elementales del derecho internacional, y se nos ha exigido, además, complicidad. Demasiados medios de comunicación han claudicado, a veces simplemente con dosis de autocensura, con preguntas que no se hacen, respuestas que no se buscan, expresiones amaestradas. Palabras, en definitiva, de calibre equivocado que sólo buscan contemporizar. Amira Hass, periodista israelí, una de las profesionales más valientes en activo, suele decir que «el periodismo consiste en controlar al poder». Ésta es la esencia de nuestro oficio.